

á abanicar á la reina de Saba; paños amarillos como la luz del sol, todos recamados de plata y oro, talco y lentejuelas; jarritas de madera pintada, que semejan trozos de esmalte copiadados del libro persa el *Shah Nameh*; campanillas rematadas en divinidades indostánicas, como Ganesa con su trono de calaveras, ó la Trimurti con su cabeza triple; cucharas hechas de un reptil; teteras que son una maravilla de repujado y cincelado; juguetes extraordinarios que resuelven un problema de equilibrio; cacharros azules, de un azul de cielo, con extraños dibujos que nosotros llamaríamos árabes, pero que en realidad son la expresión primitiva del arte oriental; collares de cuentas de granate, vidrio y perlas, á propósito para adornar la tostada garganta de una bayadera; brazaletes, broches, bandejas, rodela, cascós... todo es digno de un pueblo artista y simbolista; nada revela la infancia de una raza, sino, al contrario, su pleno desarrollo estético: el indio no es el salvaje, en cuyas labores nos interesa el candor infantil; es un pueblo que elaboró completamente su cultura, y á quien esta cultura bastaba para ser dichoso, si razas del Norte, del Norte individualista y batallador, no hubiesen codiciado la riqueza y la fertilidad de su suelo paradisiaco.

## CARTA XIII

## LOS "TICKETS".—IMPRESIONES

Paris, Julio 9.

No sé si el número de entradas en la Exposición baja ó sube; pero sí que los *tickets* ó billetes de ingreso están cada día más baratos.

Estos *tickets* han sido pretexto para un negocio asaz importante. Hizose una emisión de algunos millones, y al punto se convirtieron los *tickets* en una especie de papel moneda, que tiene sus alteraciones y altibajos, y que, cotizado nominalmente al valor de *un franco*, unas veces se vende á sesenta y cinco céntimos y otras descende hasta treinta y cinco, el nivel más inferior que han alcanzado por ahora. Ya hay especuladores que se han enriquecido con semejante negocio.

Es imposible andar diez pasos en París, ni entrar en establecimiento alguno, sin verse asaltado por el ofrecimiento de *ticket*, que le meten á uno por los ojos. Camino de la Exposición, se abalanza al coche media docena de pilluelos que, en vez de pedir limosna, me brindan los *tickets*. Yo tengo mi tarjeta de periodista y no he de menester entradas (las tarjetas de periodista se componen de un retrato, una firma y una autorización); pero mis niños nece-

sitan un *ticket*, y no tengo valor para regatearles unos cuantos céntimos á los *gavroches* que tan penosamente se los ganan correteando detrás de cuantas personas se aproximan á las puertas del Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos. La miseria parisiense encuentra mil modos de sacar partido de la gran feria internacional. Además de los chicuelos revendedores de *tickets*, un ejército de vejstorios acampa al pie de cada puerta, en actitud de ofrecer su inutilidad á quien la necesite. Apenas se para el carruaje y el viajero va á abrir la portezuela, no le da tiempo una de las indicadas estantiguas: abre, ofrece su brazo á las señoras, baja en vilo á los chicos, agarra el paraguas ó el bastón que estorba, dice dónde están los torniquetes de entrada (que los vemos perfectamente sin necesidad de que nadie nos los enseñe), ajusta á nuestro cochero para la persona que sale y que puede aprovechar el retorno de nuestro coche, nos limpia con su gracioso pañuelo el polvo de las botas..... y, en suma, presta todos los servicios oficiosos é inútiles, cuyo precio máximo puede andar entre uno y cuatro sueldos..... para decirlo en cristiano, entre cinco y veinte céntimos de peseta.

Alguno de estos servidores de la muchedumbre (que les paga en *suses* ó en sofiones, según caen las pesas), luce en su raído paletó la cintita roja: es un *monsieur décoré*. ¡Quién sabe si es un veterano cubierto de gloria, como aquel *tambor mayor* del doloroso poema de Enrique Heine!

Para entrar en la Exposición se exigen dos *tickets* por la mañana, uno durante el día, dos por la noche—desde las seis de la tarde en adelante,—aumento que juzgo impuesto en interés de los fondistas y bodegoneros, á fin de que por no necesitar doble *ticket* se penetre en la Exposición temprano y se coma allí, gastando doble y triple de lo que el *ticket* representa. Pero, decimos en tierra española: “hecha la ley, hecha la trampa;” el pueblo francés, que es un modelo de economía y de habilidad para aprovecharlo todo, carga con su cestita rellena de víveres, se pasea el día entero con ella al brazo, y al sonar la hora en que los extranjeros y elegantes se sientan á la mesa del *restaurant* para dejar toda la lana del bolsillo en las garras del mozo, mis honrados burgueses parisienses ocupan algún banco ó silla al mismo pie de la torre Eiffel, destapan su cesta y acometen sus fiambres con ánimo gentil, pasando de mano en mano la botella de Maçon y la sobradamente aromática *saucisse*. A eso de las siete y media, la Exposición parece un merendero madrileño, alfombrado de grasientos papeles, de tapone de corcho, de huesos de pollo y chuleta, de migas de pan y de cazuelas ó *terrinas* rotas. No cabe nada más popular y democrático. La parisiense primorosa remanga con desdén la falda de su fresco traje para no pringarse en los restos de la merienda, y frunce con melindre su naricilla empolvada de velutina; pero los grupos de obreros, lavanderas y planchadoras no pierden el apetito ni el buen humor, y es-

carban hasta el fondo de la canasta. Si pueden eludir la vigilancia de los agentes, métense por el césped adentro, y buscan la sombra de alguna vellingtonia ó araucaria, bajo la cual, libres del sofocante polvo, creyéndose en plena campiña, les sabe mejor la refacción. Sólo que, por lo regular, los agentes los descubren, y agarrándolos del brazo, les obligan á volver al polvo de la calle. Así y todo, engullen tan orondos y satisfechos.

Cuando hay fiesta nocturna, como sucedió hace pocos días al inaugurarse la estatua de la República, el precio de los *tickets* aumenta de un modo injustificado y onerosísimo. Nada menos que *cinco* billetes exigen por el aumento de unos cuantos farolillos emboscados en la arboleda.

\* \* \*

Siempre lo más atractivo, lo más curioso de la Exposición para los que tenemos instintos artísticos, será la calle del Cairo. La mezcolanza de caras morenas, atezadas, amarillas, bronceadas, inspira gran interés y despierta alguna lástima hacia estos pobres emigrados de "los países calientes," como diría Alfonso Daudet. Hay cada espolique egipcio y cada vendedor de sorbetes moros, que merecían ser fundidos en bronce. Una señorita peruana muy inteligente, que escribe con gran donaire en el *Figaro* y en el *Gil Blas* bajo el seudónimo de *Arsène Aruss*, tuvo la espontaneidad de decir

en español, viendo á uno de estos morazos ce-  
trinos:

— ¡Qué lindos ojos que tienes!

A lo cual respondió el infiel, en el propio idioma:

— Están á su disposición.

La peruana se rió cuanto puede comprenderse, y el moro quedó tan satisfecho de la alabanza, que cuando pasamos por delante de su cafetín ó tiendecilla, sale á saludarnos cortésmente, empeñado en que tomemos un refresco de piña ó de rosa.

Es de notar que todos los orientales, asiáticos y africanos de la Exposición, entienden y hablan el castellano con más ó menos soltura. Los chinos que en la sección del Celeste Imperio venden té, monigotes, platos de porcelana, cucharas de lo mismo, teteras y acuarelas sobre papel de arroz, chapurrean nuestro idioma; los anamitas lo pían algo, y los semitas se expresan con notable pureza gramatical, y las nobles fórmulas de cortesía castellana adquieren en sus labios mayor realce. Son ceremoniosos, simpáticos, graves, insinuantes para vender, y ofrecen una raja de piña por diez céntimos, lo mismo que ofrecerían á una sultana un ramo de flores. Un morillo de estos me dió tratamiento de *merced*.

## CARTA XIV

## PRO PATRIA

*París, Julio 15.*

SI todos los días, desde hace tres meses, está París de fiesta, imagine el lector piadoso qué será hoy, el memorable 14 de Julio, conmemoración centenaria de aquel gran episodio de la Revolución francesa que describí en una de mis primeras cartas: la toma de la Bastilla.

Esta mañana me despertó el cañón. Retumbaba trágico y profundo, y, á pesar de que anunciaba festejos, á mí me pareció que su eco debía de sonar pavoroso en el corazón de los franceses, amenazados de una segunda guerra, que, en opinión general, les será doblemente funesta que la pasada. Rumiando esta idea, me vestí y me fuí á presenciar, delante del Hôtel de Ville, el desfile de los batallones escolares. Los pobres chiquillos iban más mojados que pollos. Supongo que habrá fricciones de aguardiente al volver á casa; si no, les auguro catarros á tutiplén. Porque llovía, llovía, defraudando las esperanzas de los parisienses, que contaban con el sol, complemento y adorno el más lucido de toda fiesta al aire libre.

La revista de Longchamps, en cambio, fue una brillante función de aparato. Tuve la suer-

te de obtener un billete de tribuna, y de colocarme bien, á pesar de la inmensa concurrencia, que no bajaría de quinientas á seiscientas almas. Y vi desfilar á los *Saint Cyriens* con su tunicuilla y su kepis, á los aparatosos zapadores-bomberos, á los cazadores, á los ingenieros, á la briosa y correcta artillería, y por último, á la caballería, en la cual fundan los franceses su orgullo, asegurando que compite con la alemana en precisión y agilidad, si es que no se la deja atrás completamente. Ignoro si es cierto esto último; pero confieso que es bello espectáculo el ver avanzar, sobre una línea de mil quinientos metros de extensión, la caballería con el deslumbrante relampagueo de las corazas y cascos, y el estrépito formidable con que se entrechocan, y la aureola de la nube de polvo que la envuelve, y el ruido de furioso torrente que la acompaña. Y es todavía más hermoso ver esa inmensa masa de hombres y caballos, lanzada á rienda suelta, á galope tendido, como para desplomarse sobre algo, detenerse en un segundo, quedarse inmóvil, en perfecta línea de batalla, mientras el polvo, obedeciendo también, aunque menos de prisa, á la voz de mando, permite ver ya con claridad entera el rico arreo y los elegantes uniformes de dragones, coraceros y húsares.

Vino á sentar el polvo la reincidencia de la lluvia—furiosa, torrencial, desatada—la eterna enemiga de las solemnidades al raso. Y, no obstante, la gente no se iba: abría el paraguas alzaba la ropa para cubrir las espaldas, se ata-

ba pañolitos por cima del sombrero, se apiñaba debajo del primer cobertizo que encontrase; pero no se iba; no quería irse de ningún modo. Esperaba á ver el desfile: y el desfile comenzaba, y las nubes seguían abriendo su seno y vertiendo arroyos sobre los espectadores, y mojando, ensopando los uniformes de la tropa y poniendo lacios los plumeros del Estado Mayor del general Saussier, que presidía el desfile. Si quisiésemos ver algún simbolismo en los sucesos fortuitos, diríamos que parece mal presagio la gran mojadura del ejército francés precisamente durante esta revista, en que la Francia revolucionaria cuenta sus fuerzas y las luce ante toda Europa, representada aquí por los que hemos acudido á la Exposición. ¿Le esperará igual desastre la primera vez que mida sus fuerzas con los alemanes? ¿Caerá sobre la bizarría de los adornos marciales el agua de la derrota?

Hoy se han depositado coronas á montones al pie de la estatua de Estrásburgo, en la plaza de la Concordia. También la lluvia las estropeó bastante, y la melancolía de las rosas deshojadas, de las perpetuas empalidecidas, de los lazos ajados y marchitos, es una nota más de fúnebre augurio para Francia. Por la noche, la lluvia cesó y las iluminaciones pudieron lucir. He notado que los edificios públicos eran los únicos que las ostentaban. En las casas particulares—salvo algún que otro *lampion* vergonzante y mísero—no había signos de regocijo en forma de gasto de aceite. Se han abste-

nido lo mismo los partidarios del levantisco Boulanger que los del insulso Carnot.

\*  
\*\*

Los españoles andamos estos días amostazados á causa de los desplantes de un periódico francés, *L'Echo de Paris*, desplantes que tomaron pretexto de las corridas de toros, mejor dicho, del simulacro de corridas que se verifica aquí. Porque el torero *Lagartija*, incitado por el público y por la reina Isabel II, que le gritaba desde su palco "mátalo", dió muerte á uno de los bichos que se lidiaron, con una buena estocada al cuarteo, el periódico, deseoso de meter bulla y que suene su nombre, forjó un articulazo de esos que aquí llaman *demoledores*, donde nos trata de feroces, salvajes, bárbaros, bandidos, haraganes, brutos, y por último (la gran injuria francesa contra los españoles y los sudamericanos) de *raspacue-ros*.

Asegúrase que el artículo infundió á varios españoles y sudamericanos deseo invencible de rasparle un poco el cuero al articulista francés. A fin de satisfacer este antojo, fuéronse á la redacción del diario, y preguntaron por las orejas del director, un Sr. Bauer. Pero, como suele suceder en lances análogos, las orejas del Sr. Bauer no estaban en casa, y fue preciso seguirles la pista con gran asiduidad y mediana suerte. Por último, bien acorralado el señor Bauer, accedió á batirse á pistola; mas, sin

duda debió de parecerle que *se desdorbaba* en trocar una balita con *salvajes*, y después de consultar con la almohada, optó por publicar una retractación grotesca y ridícula, como lo son todas las cosas que escriben sobre España nuestros incorregibles vecinos transpirenaicos.

\* \* \*

Incorregibles, sí. No comprendo tan crasa ignorancia respecto de una nación que se tiene inmediata, y que las más elementales nociones de la prudencia y del sentido común aconsejan conocer á fondo, hasta para cometer la injusticia de abrumarla con sistemático desprecio. Se me objetará que es un periodiquito, que son dos ó tres folicularios los que así hablan y escriben. ¡Ah! ¡No le objetéis eso á la que, llevada á casa de Víctor Hugo por el entusiasmo y la admiración que inspira la gloria, hubo de escuchar de labios del ilustre anciano, que en 1823 se celebraban en España *autos de fe*, y que en todo tiempo media España había achicharrado á la otra media! Víctor Hugo quedóse atónito cuando yo le rogué respetuosamente que me nombrase á uno sólo de los "escritores y sabios" sentenciados á la parrilla inquisitorial.

Creo que nunca se repetirá bastante: no puedo fiarme de cuanto escriben los franceses—que á sí mismos se llaman un pueblo cosmopolita, un pueblo humano—acerca de las demás

naciones europeas. Si sobre nosotros desbarran tanto, con tan risible suficiencia y tal aparato de filosofía histórica de oropel, ¿qué harán con los húngaros, los anamitas, los japoneses? ¿Cuánto absurdo, cuánta patraña, cuánto embuste nos darán á tragar sobre el remoto Oriente, el Egipto y la Nubia? ¿Qué será el mentir de las estrellas, aquí donde el mentir de la frontera corre tan suelto y retozón?

\* \* \*

Entre los diarios franceses, el *Figaro* es el que pasa por mejor informado de las cosas de España: hasta se permite el lujo de un redactor español. Pues no lo abro día, ni por casualidad—al periódico digo—que no me salte á los ojos un gazapo. Hoy, el primero es una lista de los cuatro vinos españoles más estimados, entre los cuales figuran el *Madera* y el *Verdeilho*. Ya lo saben los portugueses: el *Figaro* ha realizado la unión ibérica.

Aparte de tan burda ignorancia, tienen los franceses un género de presunción exclusivista, que sería muy cómica si no fuese muy molesta y depresiva para el resto de la humanidad. Virtudes y vicios; ingenio y genio; arte y ciencia; caracteres y costumbres, todo ha de ser á la manera gala, y si no, es puro salvajismo, barbaridad y estupidez. Los ingleses, á fuerza de energía, de orgullo, de aspereza, de dinero; por virtud de aquella personalidad nacional que no pierden nunca; por viajar siem-

pre con sus dioses lares en el baul, son los únicos extranjeros que en París se han impuesto á la frivolidad y á la mofa, y ya se guardaría bien cualquier periodista de llamarles bandidos á pretexto del *box* ó de los *bullfights*. Pero nosotros, mansos corderos del *turismo*; nosotros, que entramos en Francia resueltos á dejar que nos esquilen á trueque de probar nuestra hidalguía y finura (todo español acepta toda cuenta, es tradición y proverbio), nosotros somos el Quijote reidero, el figurón internacional, la víctima propiciatoria.

\* \* \*

Hará tres ó cuatro días asistí á una representación en un café-concierto muy céntrico y muy concurrido. Después de varias canciones lúbricas é idiotas, salió una linda muchacha, que debía de ser mora, á juzgar por el tipo físico y por el traje. Muchacha la llamo, y más bien debiera llamarla chiquilla, pues podría tener de trece á catorce años á lo sumo. Sonreía con gracia púdica, y siguió sonriendo cuando el hombre que la acompañaba, forzado tagarote vestido de beduino, la arrimó á una gran tabla puesta de pie, la hizo abrir los brazos y la dijo, en no sé qué lengua rara: "Estáte quieta." Inmóvil ya la criatura, el morazo sacó del cinto un cuchillo enorme, afilado, agudo, y agarrándolo por el mango y jugando la muñeca con destreza pasmosa, lo disparó, y fué á clavarse debajo del sobaco de la muchacha. Esta

no pestañeó siquiera: la tabla, en cambio, mordida por el cuchillo á gran profundidad, retemblo y vibró toda. Mano otra vez al cinto, y segundo cuchillo, que señaló el otro sobaco. La tercer arma se hincó besando la sien, y la criatura reclinó entonces la cabeza sobre el frío hierro. Cuarto cuchillo, al borde de la muñeca. Quinto, entre el dedo pulgar y el índice. Luego les tocó á los demás dedos de la mano, y en seguida, sacando un hacha cortante y reluciente, el hábil moro la envió con vigor de jayán á incrustarse entre el cuello y el hombro de la niña. Un leve temblor del pulso, un movimiento insignificante de la garganta, y la inocente cabeza hubiese rodado á tierra ensangrentada. Pero allí no estaba ningún periodista humanitario; allí no había enviado comisión alguna la Sociedad Protectora de Animales; allí no se podía hablar del salvajismo español... y los que no logran arreglar con su sensibilidad exquisita ver banderillear á un toro, contemplaron sin la más mínima emoción, con regocijo, el acuchillamiento simulado y posible de una virgencita de trece años.

Hace años asistí á un baile de la Opera en París. Era una saturnal romana con todos sus antecedentes y consiguientes. Mi familia, que me acompañaba, acordábase de los bailes del teatro Real, donde el pueblo español celebra el Carnaval, se solaza, galantea, embroma y ríe, pero sin convertir en bacanal el espectáculo entretenido. Cruzó ante nosotros una mujer vestida de diablesa del *Fausto*, escotada

hasta la cintura, con el pelo teñido de color zanahoria. Un hombre, joven, gallardo, fuerte, se acercó á la ramera, aplicó los labios al carrillo embadurnado de cosmético y bermellón, y en seguida, echando mano al bolsillo del chaleco, sacó un franco y lo deslizó en una especie de cepillo ó escarcela que la mujer llevaba á la espalda. El franco, al caer, hizo un sonido argentino que probó que no estaba solo. Preguntamos la significación del hecho á los amigos que nos acompañaban, y supimos que cada caricia se salda así, con un franco al cepillo. Este sistema, comparable al de las básculas automáticas, no se nos ocurriría á los españoles. Aun en medio de la crápula y del vicio, el español conserva un poquitín de idealidad, unas miajas de honrada vergüenza.

\* \* \*

Han reconstruído, en la avenida Suffren, la torre de Nesle, novelesca madriguera de la reina Margarita de Borgoña. Dentro de su recinto se celebran procesos y diversiones populares como los de la Edad Media, de los cuales hablaré más adelante. Entre estas diversiones se cuenta la picota. Una picota construída en el siglo XIX, recibe á dos ó tres hombres que se prestan á darse en espectáculo echados sobre el vientre, con el pescuezo metido en un cepo, las manos en dos argollas, mientras la picota gira y los entrega á las risas del pueblo. Los infelices sienten las ansias del mareo, ven con

doloroso vértigo que da vueltas la torre, el recinto, el cielo, y, sin embargo, alquileres para sufrir, se aguantan hasta que cesa su martirio. Este solaz, depresivo para la dignidad humana, cruel é inicuo, no le arranca á ningún Bauer ninguna protesta. Si el que da vueltas en la picota fuese un toro...

CARTA XV

### EL PALACIO DE LAS MÁQUINAS EDISON.—ESPLÍN

*Paris, Julio 18.*

**P**OR más que no sea yo capaz de apreciar como corresponde los méritos de tal obra, creo justo decir algo á los lectores de mis cartas sobre la Galería de Máquinas y la parte industrial de la Exposición francesa. Trataré de salir del apuro lo menos mal posible.

Si no existiese la Torre Eiffel (de la cual hablaré pronto, pues ya han hablado todos los corresponsales y periódicos del mundo y ahora empiezan á abandonarla), la Galería de las máquinas sería sin disputa el gran atractivo de la Exposición.

Los inteligentes afirman que lo es, á pesar de la Torre; que representa un esfuerzo superior de ingeniería, un problema más de estática re-